

# LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA,

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

JULIO—NÚM. 21 REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V—1879.

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instruccion religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administracion, en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de velete y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia a que pertenece.—El precio de suscripcion es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

## SUMARIO.

Aldovrando, por E. B.—A Maria, poesia, por X.—La pendiente del abismo, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—El buen párroco, por J. Lamarque de Novoa.—Sesion doctrinal, por Enriqueta Lozano de Vilchez.

## ALDOVRANDUS MAGNUS.

(CONTINUACION.)

Renunciad a vuestros proyectos de partida para vuestro hijo; confiadmele, y yo adopto a mi ahijado y le deje toda mi fortuna que no tendrá que esperar mucho tiempo, por que cuento sesenta años de edad. Aceptai?

—Acepto, barbuco Aldovrando, estupefacto con aquellas ofertas tan brillantes como inesperadas.

—Vamos, pues, a tranquilizar a vuestra mujer. Y entraron en la alcoba donde Margarita repetia con una especie de delirio.

—Dejadmele, dejadmele!

—Sí, os lo dejaremos, respondió Memlinck tomando la mano húmeda y fría de la pobre ma-

dre. Antonio no dejará a Brujas, ni a su madre: solo vendrá a vivir conmigo en mi casa, donde podreis verle y abrazarle a todas las horas del dia.

Margarita fijó sus miradas en Aldovrando como para recibir de él la confirmacion de las palabras que Memlinck acababa de dejar caer suavemente sobre su corazon; Aldovrando hizo con la cabeza una señal de asentimiento.

La alegria llegó a ser casi tan funesta a Margarita como le habia sido el dolor. Sus agitaciones nerviosas volvieron a atacarla, y el resto de la noche se pasó en cuidados que fue preciso prodigarla. El dia principiaba a aparecer, cuando los dos viejos pudieron retirarse a descansar. Memlinck no tardó en dormirse profundamente; pero el mercader de paños, despues de haber llamado inútilmente el sueño, tuvo que levantarse al fin y bajo a sus almacenes y escritorio, donde su semblante mas severo y melancólico que de costumbre inspiró en todos el temor y el silencio.

## CAPÍTULO III.

## SU HISTORIA.

A la hora del almuerzo, es decir, a las once de

de la mañana, Aldovrando vió á Memlinck que se dirigia á él.

—Margarita se siente bien, dijo el padrino de Antonio; mi ahijado la hace compañía, y la campana no tardará en llamarnos al comedor: venid, pues.

Se agarró del brazo del mercader y lo introdujo en el comedor. El corazon del viejo latia con mas violencia al acercarse á aquella á quien la víspera habia tratado con tanta brutalidad, y por su parte Margarita no se sentia menos conmovida. Pálida, vestida de blanco y recostada en un gran sillón de ébano, veíanse en su semblante las huellas de sus dolores de la víspera; una larga mancha azulada se extendia sobre uno de sus brazos que medio cubrian los anchos pliegues de su manga. Al ver á su marido no pudo menos de temblar, y este con un tono de voz áspera que se esforzaba por hacer aparecer tranquila y dulce, se informó con bastante torpeza de la salud de Margarita. Esta balbuceó una respuesta ininteligible y Memlinck puso término á la embarazosa situacion de ambos diciendo á Antonio que rezara el *benedicite*.

Antonio obedeció; todos se sentaron á la mesa, pero nadie comió á escepcion de Memlinck, cuyo apetito tenia algo de sobre natural. Mientras que con tanta pasion se entregaba al placer de la mesa, no se ocupó en manera alguna de los que se hallaban á su alrededor; pero le fué preciso renunciar con sentimiento á las viandas de que habia alternativamente llenado y vaciado su plato, y cuando puso término á los éstasis de la glotonería, entró en la vida real, vació de un solo trago un gran vaso de vino, se volvió á Margarita y le dijo:

—Antonio va á ser mi hijo, mi heredero y mi discípulo, Antonio llegará á ser lo que yo he sido y soy: un pintor.

—Un pintor!

—Pues qué? Creéis que la profesion que gana cien millones de florines en treinta años, no equivale á la del mercader de paños? replicó Memlinck con el indecible aplomo del hombre que goza de los dos mas excelentes lastres del mundo, la digestion de una buena comida y la satisfaccion de una fortuna considerable. Si, amigo mio: los bocetos que la casualidad me ha hecho encontrar ayer en el cuarto de mi ahijado me han revelado en él disposiciones maravillosas para mi arte, y quiero que Antonio, puesto que el cielo me ha negado un hijo, llegue á ser á la vez el heredero de mis glorias y de mis riquezas.

«Escucha, Antonio, continuó arrimando hacia sí el niño y haciéndole sentar sobre sus rodillas, porque las apariencias de Antonio eran tan in-

fantiles que no podia menos de ser tratado como un niño á pesar de sus quince años: ya sabrás las pruebas que te esperan y las recompensas que coronarán tus trabajos y tu perseverancia.

—«Cincuenta años hace que un jóven llegó á la ciudad de Brujas, herido, devorado por la fiebre, medio desnudo, sin calzado y en un estado de miseria capaz de conmover al corazon mas empedernido. Soldado hacia algunos meses, no habia podido resistir á las fatigas de una profesion, para la que se necesitan un cuerpo y un corazon de hierro. Como jamás se habia sentido con valor para robar, ni con fuerzas para vejar á los pobres paisanos á fin de sacarles algunos escudos enterrados en un rincon de su jardin carecia de todo y se veia hecho el ludibrio y el blanco de las chanzonetas de sus camaradas. Menos sufrido de lo que necesitaba constestó con estocadas á los sarcasmos de los bufones, y si buenas cuchilladas dió buenas cachilladas le valieron, recibiendo al fin una en el pecho que le dejó moribundo á orillas de un camino. Una mujer anciana pasó casualmente por allí, se compadeció del pobre soldado y logró arrastrarlo hasta su cabaña, donde le curó lo mejor que pudo, su ancha herida. No murió, pero su estado no era mejor, por que la llaga se envenenó, y apareció la fiebre, causando un fuerte delirio al enfermo. La pobre mujer no sabiendo que hacer para socorrer al moribundo que forzajeaba en los transportes de la agonía, fué á ver á la superiora del hospital de Brujas y la suplicó que enviara á buscar al enfermo que se hallaba en su casa, desprovisto de todo socorro. La buena religiosa de san Juan no vaciló, dos enfermeros partieron al punto con una camilla, y el moribundo levantado de la paja podrida sobre la cual yacía, despues de un mes se vió colocado en una buena cama y rodeado de cuidados tiernos y compasivos. Un sacerdote sentado á su cabecera le hablaba del cielo y le ayudaba á soportar con paciencia sus dolores, mostrándole á Cristo enclavado en una cruz: las buenas hermanas con su voz dulce y sus tiernas atenciones, quitaron, por decirlo así, al dolor sus mas crueles espinas de modo que el soldado, merced á tantos consuelos y cuidados, sintió que su enfermedad perdía poco á poco su violencia. Pero la convalecencia vino lentamente, y exigía cien veces mas precauciones y presentaba casi tantos peligros como la enfermedad. Durante las primeras semanas el soldado no dejaba la cama sino para ir á respirar un poco de aire fresco y calentarse al sol durante algunos minutos, y volvíase enseguida á su cama donde la mano caritativa y cuidadosa de una hermana lo arropaba con bu-

nos cobertores, como lo hubiera hecho la madre mas tierna y cariñosa. Entonces largas horas principiaban para él, por que recordaba con amargura las faltas de su juventud, reconocia la justicia de los castigos con los cuales Dios le hacía espiar los errores de su juventud, que confesaba habia sido muy culpable.

En efecto, el jóven tenia muchas faltas de que reprenderse. Hijo de un carnicero, se habia visto constantemente rodeado por parte de su padre del afecto mas estremado, mientras que su madre con una ternura exajerada, satisfacía todos sus caprichos; así es que llegó á ser desobediente y desidioso, entregándose insensiblemente á una vida de desórdenes y de locuras, en la que no pudieron contenerle ni las reprensiones de su padre, ni las lágrimas de su madre. Perdía todo su tiempo en la ociosidad, en lugar de seguir las lecciones de su maestro é instruirse en el arte de la pintura que habia logrado aprender con gran sentimiento de su padre, que hubiera preferido verle heredar su profesion lucrativa y honrada de carnicero. Pero el jóven se acomodaba mal al olor del tabaco y tenia demasiado orgullo para resignarse á trabajar con el machete en la mano al lado de unos muchachos cubiertos de sangre; además; prefería ir al obrador de pintor, porque aunque era muy corto el camino, sabia alargarlo de modo que no llegaba á él en toda la mañana: es decir que disipaba con su mala conducta las horas que hubiera debido emplear con utilidad, manejando el pincel. Y era tanto mas culpable en no hacerlo así, cuanto que anunciaba brillantes disposiciones; sin embargo, á pesar de la conducta desarreglada y desidiosa de su discípulo, el viejo pintor Rogers no pudo resolverse á enviarlo á sus padres, ni renunciar á hacer de él con el tiempo el honor de la admirable profesion que tiene por maestro á San Lucas.

Alentado en su desarreglada conducta por la tolerancia de su maestro y por la debilidad de su madre, que retrocedía ante la idea de contar á su marido los estravíos de su hijo: Juan, así se llamaba el jóven, no salía nunca de la taberna, y la embriaguez vino á juntarse á sus demas defectos. Una mañana volvió á su casa desgredado, sucio, con el vestido descompuesto, tambaleándose, y de este modo atravesó el patio y entró donde estaban sus padres. Juzgad cual sería la sorpresa de éstos cuando vieron entrar á su hijo en semejante estado! Su padre principalmente que ignoraba que Juan estuviera fuera de su casa, montó en cólera, y cogió al embriagado jóven por un brazo para meterlo dentro, viendo que trataba de marcharse otra

vez. Trabóse entre ambos una lucha terrible, en la cual la capa del jóven, de que tiraba el viejo con todas sus fuerzas, se rasgó de pronto, cayendo el infortunado padre de espaldas y rompiéndose la cabeza contra el pavimento!

¡Oh! Qué horrible fué aquel espectáculo! Apesar de los cuarenta años que han trascurrido desde aquella hora fatal, el culpable tiembla todavía bajo el peso de los remordimientos y del dolor al recuerdo de aquel fatal accidente!

Memlinck ocultó la cara entre sus manos y continuó despues de una breve interrupcion:

(Continuará.)

E. B.

## LA PENDIENTE DEL ABISMO

(CONTINUACION.)

Cuando Luisa abrió sus hermosos ojos dirigió en torno una mirada vaga pero afanosa; acaso buscaba á su madre!

Marta lo comprendió así, y estrechando aquella rubia y blanca cabeza contra su corazón.

—Vamos, hija mia, un poco de valor, es preciso reanimarse, la dijo.

—¡Mi madre! murmuró la niña con un acento débil y apagado, mi madre!

—Pronto la verá V., ella me envía á su lado para rogarla que acepte mi proteccion, que acepte mis auxilios.

—¡Ella! ¡oh! siempre tan buena, siempre pensando en mí!

Y una gota de llanto rodó lentamente por las pálidas mejillas de Luisa.

—Tranquílcese V. dijo Marta enjugando con su pañuelo aquellas lágrimas, y pierda todo temor. Sus desgracias quizá tengan fin.

—¡Oh! sí: hace poco que soñaba que estaba gozando un bienestar nuevo para mí; que era muy dichosa... además... hace muchos dias que espero morir, y pienso que la muerte es muy hermosa. ¡Se debe estar tan bien en el cielo!

Enrique sintió que su corazón se oprimía.

Las palabras sencillas de Luisa le hacian mucho mal.

Morir aquella niña tan jóven y tan hermosa! marchitarse aquella flor que apenas abria su cáliz tan lleno de pureza y de vida! ¡Oh! esta idea era terrible, y sin saber por qué le hacia daño!

Era la vez primera que veia á Luisa, y sin embargo parecia que habia pasado una vida entera junto á ella, segun el interés que le inspiraba.

La inocencia y la desventura tienen algo de conmovedor, algo de simpático que arrastra el alma y la atrae con un sentimiento hijo de Dios, pues toma su origen en el que surgió en su corazon supremo y augusto, cuando por caridad y amor arrostró la muerte por el hombre.

—Madre mia, dijo muy bajo á Marta ¿qué debo hacer? es preciso que salve V. á esa niña.

—Sí, hijo mio, á eso hemos venido: ese es el deber que me hé impuesto, respondió Marta sin reparar en la emocion de su hijo.

—¿Entonces...?

—Ve corriendo en busca de Avilés, del médico de tu regimiento, es un sábio, y yo tengo entera confianza en su ciencia. Tráele contigo: toma un carruaje y así volverás mas pronto.

El jóven no se hizo repetir aquella orden y salió de la pobre estancia, no sin haber dirigido antes una mirada llena de afán á Luisa. En aquella mirada se revelaba el temor de si sería tarde cuando volviere.

Marta al quedarse sola, se aproximó al infeliz anciano del que apenas nadie se habia cuidado desde la noche anterior, y el cual habia sufrido un trastorno tan espantoso, que era casi imposible reconocer en aquel rostro desfigurado y cadavérico, el apacible, bondadoso y resignado semblante que ostentaba el dia anterior.

Aquel hombre, para quien el honor era un culto, para quien su esposa era una santa, una santa á quien amaba y veneraba al par: aquel hombre que habia cruzado la vida con la conciencia tan inmaculada, como inmaculada es la blancura de la nieve en la cima de la montaña: aquel hombre que en su vejez conservaba su corazon sencillo y confiado como el de un niño, y el espíritu sereno y con la santa paz de los justos; no habia podido resistir aquel horrible choque que venia á herirle en los objetos mas queridos del alma: en su honra, en su esposa, en todo lo que habia venerado y respetado tanto. El golpe fué tan cruel, que si nó concluyó con su vida instantáneamente, mató su inteligencia, mató su corazon, mató cuanto quedaba en su espíritu de sensible y animado, quedando solo viva la materia, impotente, aplanada, inútil!

¡Aquella noche de abandono y sombra, habia entendido su densa oscuridad en sus sentidos, en su pensamiento, en su ser entero. ¡Oh! y quizá fué esto un inmenso bien para aquel hombre, por que hay desgracias que desesperan y quitan á el alma la corona del mártir que ha conquistado en este mundo á fuerza de sufrimientos y de resignacion y de lágrimas!

Cuando Marta le dirigió la palabra prodigándole algunas frases consoladoras, solo respondió con un nombre, que como el postrer eco de su alma, aparecia en sus trémulos lábios; aquel nombre era el de Mercedes!

Marta le hizo varias preguntas, le habló de su hija, le quiso dar alguna esperanza, pero ¡ay! que él solo repetia.

—¡Mercedes!

La madre de Enrique se aterró; la terrible verdad empezó á aparecer ante sus ojos, y colocada entre aquellos dos seres infortunados, no sabia á cual dirigir sus miradas, por que los dos eran igualmente dignos de lástima.

Sin saber que hacer, pero anhelando probar algun recurso, entre tanto que llegaba el médico, intentó levantar á D. Diego para conducirle á su lecho, pero no pudo: y solo volvió á oir de nuevo su acento débil y frio y tardo, que murmuraba sin cesar.

—¡Mercedes, Mercedes!

Y al levantar aquella cabeza caída tristemente sobre el pecho, y al estrechar aquellas manos sin movimiento y al indagar aquella mirada que parecia buscar algo, los ojos y los labios, y el ser entero de aquel infeliz solo parecian decir.

—¡Mercedes, Mercedes!

Marta se acongojó de tal modo que temió tambien perder la razon.

Luego, era tal la soledad que la rodeaba! aquellos desgraciados habian vivido tan aislados en aquella casa! en aquella casa miserable que solo era habitada por gente soez, por gentes que no perdonan á los que son tan pobres como ellos, que no usan su lenguaje, que no tengan sus maneras; gentes que no perdonan el pudor de la pobreza á los que no pertenecen desde su infancia á la clase menesterosa de la sociedad, y que despues, por una burla de la fortuna, tienen que descender á ella.

Hace t n mal papel una levita en una casa de vecindad, que los ricos miran al que la lleva con desden... y los pobres con insultante desprecio... hasta con burla!

Por eso Luisa y su padre estaban solos.

En medio de la angustia que la rodeaba, sintió Marta unos pasos que la hicieron lanzar una aspiracion de bienestar: eran los de su hijo;

eran los de Enrique tan conocidos para ella.

En efecto, el joven seguido del médico de su regimiento apareció en la puerta de la habitación.

Su vuelta no podía ser mas rápida.

Su madre se acercó al doctor y le dijo con afán.

—Venga V., venga V. amigo mio; aquí hay dos personas que necesitan de sus cuidados.

—Sí venga V., se apresuró á decir Enrique, cogiendo la mano del médico para conducirlo junto á Luisa.

—¡No! espera hijo mio; la vejez tiene el derecho de primacia ante la juventud, dijo Marta.

—Pero ella... murmuró el joven con timidez.

—Calla, Enrique, calla, tú no sabes lo que pasa aquí.

Avilés examinó detenidamente á D. Diego, y movió lentamente la cabeza.

—¿Es pariente de V. este caballero? preguntó el doctor,

—Solo le conozco desde hace algunas horas, respondió Marta.

—De modo que no me sabrá V. decir si el estado en que se encuentra es antiguo ó...

—No, no señor; anoche gozaba de su razón: anoche...

—Y ¿sabe V. si ha sufrido alguna grande emoción, si antes ha tenido algunas privaciones, pocos recursos?

—Antes... antes creo que ha pasado muchos pesares, muchas agonías, y anoche... anoche... ¡oh! anoche ha cruzado por una de esas crisis espantosas que desgarran el alma...

—¡Y matan la luz de la razón! exclamó Avilés tristemente: por desgracia estos accidentes no tienen remedio y solo Dios puede curarlos, recetaré algunos medicamentos, sin embargo emplearé algunos medios, y si se sigue rigurosamente mi plan, entonces...

—¿Tiene V. esperanzas?

—Muy pocas, esta naturaleza está gastada, es tal su debilidad que temo...

Marta se enjugó una lágrima sobre que familia de mártires iba á caer la marca del ladrón!

(Continuará)

Enriqueta Lozano de Vilches.

## EL BUEN PÁRROCO.

(CONTINUACION.)

—«No llores,—díjole afable,—

que con injustos recelos

á Enrique que no te olvida,

estás ingrata ofendiendo.

Con la que pierde á su esposo

y con él pierde en el suelo

ya para siempre su dicha,

compárate, y dime luego

sino ofendes á Dios mismo

con tu llanto y tus lamentos,

á Dios, que de la esperanza

te abre el suspirado puerto

—«Que el cielo os premie,—murmura

la joven con dulce acento,—

el bien, señor, que á mi alma

haceis con vuestros consejos.

mas ¡ay! si Enrique muriese

de su amada patria lejos;

si me olvidase por otra,

de ambicion y orgullo ciego...!

—«Siempre injusta! ¿Qué razones tienes para suponerlo?

es honrado aunque ambicioso,

y no desleal lo creo.

¡Morir!... A morir estamos

en todas partes expuestos,

y dar ó quitar la vida

reservado está el Eterno.

Á Él te confía; en sus manos

pon tu suerte, que yo espero

que del ausente noticias

dentro de poco tendremos.»

Y de la niña y la madre,

que á sus razones sintiendo

de su perdida esperanza

van el bienhechor aliento,

sepárase meditando

rápido y seguro medio

por donde saber de Enrique

y darles algun consuelo.

V  
EL BUEN PARROCO

## MELANCOLIA.

Pasó un año tras otro; del ausente  
no llegaron noticias á la aldea;  
unos en Cuba muerto lo juzgaban,  
otros feliz y con fortuna famenosa.

Quién suponía que á su patria vuelto  
dispendiaba en la corte sus riquezas,  
y aún alguno juraba haberle visto  
allí ostentar lujosa carretela.

Lo que con tales nuevas sufriría  
la pobre niña, que, de afanes llena,  
anhelando su vuelta le esperaba  
aún mas que nunca en sus amores ciega;

Largo fuera explicar, que el pecho siente  
del objeto que ama con la ausencia  
crecer el fuego, vida de su vida,  
y convertirse en devorante hoguera.

Y eran en vano ya las reflexiones  
del buen cura; la joven, macilenta,  
inclinaba la frente, cual la rosa  
helada con el cierzo en la pradera.

Y la madre infeliz, que esto miraba,  
doblegábase al peso de su pena:  
era pobre y anciana; sin su hija,  
¿qué pudiera esperar sobre la tierra?

## VI

## EL INDIANO.

Borleña á Santa Lucía  
fervido culto consagra.  
y en el no distante barrio  
que de Salcedillo llaman,

Pobre ermita, que es de todos  
por lo antigua respetada,  
de la pura y noble mártir  
efigie modesta guarda.

Llegó el trece de diciembre  
y para honrar á su Santa,  
acudió al rayar el día  
El pueblo todo de gala.

Del sol á la luz naciente  
la nieve de las montañas  
brillaba en los ventisqueros,  
como vellones de plata.

De las vecinas aldeas  
en romería llegaban  
festivos grupos, al viento  
dando populares cántigas.

Y en la iglesia el son alegre  
de la sonora campana,  
á todos para la fiesta  
religiosa convocaba,

Tan pura y santa alegría  
era punzadora daga  
que de la apenada joven  
las heridas avisaba.

Todos allí eran felices  
y ella solo desgraciada;  
brindaba el mundo placeres  
y era una tumba su alma.

Acaso por distraerla  
la pobre madre angustiada,  
ir á la fiesta propónele  
que en el barrio se prepara.

Y á poco las dos cruzando  
la estrecha senda escarpada  
Que á Salcedillo conduce,  
al templo humilde llegaban;

Á punto que al pueblo el cura  
decía en sentida plática:  
«¡Feliz quien llora en la tierra,  
que en el Cielo dicha alcanza!»

Dulce sensacion causaron  
en la niña estas palabras,  
y ante la devota imagen  
vertió silenciosas lágrimas;

Lágrimas que van seguidas  
de fervorosa plegaria,  
y que cual fragante incienso  
llega de Dios á las plantas.

Concluyó la misa: el pueblo  
fué la iglesia abandonando,  
y al *corro* luego llegando  
en alegre confusión;  
del baile en breve los jóvenes  
dieron, cual siempre, la pauta,  
del tamboril y la flauta  
al acompasado són:

Y la anciana y Rosalía  
tambien del templo salieron,  
y á lento paso emprendieron  
el camino de su hogar.  
Mas al llegar á una fuente  
que brota en verde cañada,  
la jóven triste y cansada  
quiso un punto reposar,

Largo tiempo allí sumidas  
en lúgubres pensamientos  
pasaron, los sentimientos  
ahogando del corazón,  
Mas de su muda tristeza  
súbito á sacarlas vino,  
de un ginete en el camino  
la rápida aparición.

Traje á la moda llevaba  
de bizarro caballero,  
y de su potro ligero  
refrenaba el vivo ardor.  
Reconociólo la jóven  
y un grito dió de alegría:  
era Enrique, mal podría  
no adivinarlo su amor.

Al verlas él, apeóse  
del alazan, y turbado,  
en ademan reposado  
fué á la anciana á saludar.  
Y á la jóven dirigiendo

rápida mirada ardiente,  
así en tono indiferente  
vino el diálogo á entablar:

## SECCION DOCTRINAL.

ENRIQUE.

Grato es ver á los amigos  
al tornar al patrio suelo.  
¡Señora, que os guarde el cielo,  
y á vos, hermosa, también!

LA MADRE.

Bien cuadra tras larga ausencia  
y olvido no disculpado,  
este lenguaje estudiado  
de indiferencia ó desdeno.

ENRIQUE.

No sé en verdad en qué pude  
faltaros... á nadie he escrito,  
y todos de igual delito  
pudieranme aquí acusar.

LA MADRE.

¿Y eran para tí en la aldea  
iguales las afecciones?  
¿Tus primeras ilusiones  
pudiste, Enrique, olvidar?

ENRIQUE.

Ilusiones de la infancia!  
¡Bravos recuerdos los míos!  
¡Ah! de tiempos tan impíos  
hasta el rastro borraré.  
Me avergüenza la memoria  
de mi infantil inocencia:  
soy hombre: de mi experiencia  
sacar partido sabré.

(Continuará.)

J. LAMARQUE DE NOVOA.

## SECCION DOCTRINAL.

## LA SENDA DEL CIELO.

—Con que ¿no le parecen, á V. E. malos estos amores, no se enfadará por que yo corresponda á Julian? exclamó la niña con sencilla alegría: ¿Cree V. E. que él me quiere de veras y como un hombre honrado?

—Ya ves que si fuera lo contrario, no te hubiera hablado de ello.

—Oh! que buena es V. E. pero... me ocurre una idea, añadió Rosa con el bello semblante un poco mas triste.

—Cual!

—Que mi padre no tiene mas que á mí en el mundo, y si le dejo solo...

—Todo puedo arreglarse, se cambiaria el arrendamiento del cortijo de los Nogales, por otro mas cercano á nuestra casa, y tu padre y la madre de Julian tendrían con este arreglo dos hijos en vez de uno.

—Entonces...

—No en valde he de mezclarme yo en este asunto; en fin, hija mia; ya oigo llegar á nuestros amigos, y á la pobre Mariana que nos vá á referir sus desgracias: terminemos nuestra conversacion por hoy, que ya sé la respuesta que puedo dar á Julian.

Rosa besó con respeto la mano de la Marquesa, que correspondió á aquella tímida caricia imprimiendo sus labios en la frente de la jóven.

Un instante despues, la galeria se hallaba ocupada por todas las personas que conocemos ya, estando entre ellos Mariana la mendiga y su preciosa hija Andrea.

—Perdone V, buena Mariana, si la hemos hecho venir pero mi nieto me ha dicho que el médico asegura que esto le hará bien, y por eso he consentido en ello, dijo la Marquesa de la Fe dirigiéndose á la mendiga.

Esta que se vió tratada con tal amabilidad, por la señora mas rica, y casi la dueña del pueblo, fijó en ella una mirada de gratitud y respondió humildemente:

—Yo debo dar mil gracias á V. E., pues despues de socorrerme, me permite venir aquí, sin avergonzarse de recibirme, ni desdeñarse de dirigirme la palabra.

—V. me conoce mal, hija mia, si puede pensar tal cosa.

—Como otras...

—Otras harán lo que gusten: yo no me atrevo á calificar su conducta. Pero Dios que es la suma omnipotencia, el poder infinito, no se desleña de llamarnos sus hijos, y quiere que le demos á todas horas, el dulce

título de padre; como hemos de avergonzarnos nosotros, de apellidarnos mutuamente hermanos? Pero en fin dejemos esto. Ya le habrá dicho á V. Adolfo el motivo de nuestras reuniones; aquí todas las tardes bajo el ancho pabellon del cielo, acariciados por las tibias brisas de los campos, hablamos de Dios, de nuestros deberes, del modo de cumplirlos para arribar al cielo, y yo creo que V. se alegrará de tomar parte en estas sencillas conversaciones, pues la doctrina de Jesucristo fácil y suave y consoladora para todos, lo es en especial para los desgraciados, y V. creo que no es muy feliz.

—Ay! señora: que he de serlo! sola, enferma, viviendo de la caridad y sobre todo, viendo á mi pobre niña pasar hambres y frios: y... vamos le digo á V. E. que es para desesperarse y que no se como no me he quitado ya la vida para acabar de una vez tanto sufrimiento.

—¿Qué dice V., hija mia? pensar de esa manera es ofender á al Señor, que si la arije hoy, la dará una recompensa mañana.

—Cuando nuestras penas vienen de Dios, bueno que las suframos resignados, pero cuando las causan los hombres....

—Ni un cabello de nuestra cabeza caerá, ni una sola hoja se moverá en el árbol sin la voluntad de Dios, hija mia, téngalo V. presente y acate en todo su poder, que castigará al que causó el mal de sus hermanos en la tierra, y que premiará al fin nuestra resignacion en las penas que suframos en ella,

—¡Ay señora, si V. E. supiera que séres tan malos hay en el mundo!

—Ya me han dicho que V. debe su actual situacion...

—A un infame, á un mal hombre que no tuvo compasion de nosotras. Pero ¿qué habia de tener misericordia aquel usurero si su dinero era su Dios?

—Yo ruego á V. que nos refiera su historia; si en ello no halla disgusto.

—No, no señora; antes bien encuentro un placer en que to los conozcan á esa clase de personas, y huyan de ellas como de los animales carnívoros ó de las aves de rapina que destrozan á sus víctimas y que beben su sangre gota á gota.

—Ya escuchamos á V. Mariana, pero recuerde V. que aquí aborrecemos el mal, pero pedimos á Dios por el que lo hace.

Mariana hizo un leve movimiento de impaciencia.

La pobre mujer habia sufrido mucho, sin tener quien le hablase de Dios, y no sabia aun perdonar. Por eso la divina Providencia la habia conducido al lado de la Marquesa de la Fe.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vñchez.

Imprenta de La Madre de Familia.